



Boy

POR EL PADRE

Luis Coloma, S. J.

de la Real Academia Española



ACERVO DE LITERATURA
(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
Administración de RAZÓN Y FE
Plaza de Santo Domingo, 14.

1910

33265

115346



BIBLIOTECA

PQ 6605

.05

B6



Es propiedad.

Ag. 326
Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra". P.º S. Vicente, 20, Madrid.



En la vida del hombre, sólo dos mujeres tienen cabida legítima: su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores puros y santos, son los demás divagaciones peligrosas ó culpables extravíos.

I

LEGUÉ al baile á las diez y cuarto, cuando comenzaba á excitar la animación la entrada del personaje político en cuyo honor se celebraba. Recorría éste los salones y las anchas y suntuosas galerías, guiado por el general Belluga, que hacía veces de *cicerone*, y le presentaba á los notables de la provincia. Venía detrás la *personaja*, con pujos y aires de gran dama de la antigua corte, dando el brazo á mi tío el Duque de Sos, rancia figura decorativa en todos

los actos solemnes del partido de Isabel II; y rodeadas de pollos y damiselas, cerraban la marcha dos *personajitas*, hijas del personaje: morenilla la una y pintolescamente bizca, rubia desteñida la otra, con una boquita de que pudo decir Bussy lo que de Mlle. Mancini dijo:

«... aquel piquito amoroso,
Que llega de oreja á oreja.»

Sucedía esto en Marzo de 1869, cuando á raíz de la Revolución organizábanse isabelinos y carlistas, y tendían la caña con igual empeño, á fin de pescar entre sus filas los personajes políticos vacantes que las turbias olas desbordadas en el pasado Septiembre no habían zambullido del todo. Agasajábanles tirios y troyanos, y dejábanse ellos querer, comiendo con unos, cenando con otros, sacando el jugo á todos y no soltando prenda con ninguno, hasta ver, sin duda, de qué lado caían las pesas, y sacar entonces al mejor postor la consecuencia de su política y la firmeza de su lealtad.

Poco experto yo todavía en esta clase de lides, acerqueme también á saludar al per-

sonaje, con todas las ilusiones que en mis veinticinco años no cumplidos engendrabán el ardor de mi celo neófito y mi fervoroso entusiasmo por la Reina desterrada, que habíamos jurado restablecer en su trono. Presentóme el general Belluga, y al oír el personaje mi retumbante título de Marqués de la Burunda, sacudióme con ambas manos una de las mías, y apretándosela fuertemente contra el pecho, preguntóme con mucho afecto, conmovido casi, por la salud de mi señor padre, que gozaba tranquilamente de Dios desde quince años antes.

Atisbóme entonces mi tío, que detrás venía con la Ministra, y comenzó á hacerme señas, porque deseaba presentarme también á ésta y á las Ministritas; mas yo, hurtando el cuerpo como pude, refugiéme al lado de la Condesa de Porrata, vieja muy corriente, que no perdía fiesta alguna divina ni profana, por ser más amiga de ver que de preguntar, en todos los ramos del saber humano.

—¿Qué le parecen á usted la Ministra y sus pimpollos?—le dije.

Ella, con su tono dogmático, infalible las más de las veces, me contestó:

—Pues unas solemnísimas cursis.

Y con mucha discreción y ática gracia, púsose á vapular á la cursería madrileña que hace sus rondas por provincias, dándose aires de Grandes de España, y aun lanzó varias dentelladas, severas pero justas, contra aquellos mismos Grandes verdaderos, que desdeñan las provincias, cuna de sus grandezas, arca de sus rentas, palanca de su influencia, por la vida ostentosa de la corte, manantial de su ruina, causa de su decadencia y origen de la humillación que relega á segundos y terceros términos á los que siempre y en todo lugar debieran ser cabezas.

Había entonces en X*** muchas familias de la Grandeza de Madrid, huídas por la Revolución, y aquella noche, que era lunes de Carnaval, había de asistir al baile una vistosa cuadrilla de máscaras, organizada entre ellas. Aun no había acabado la Porrata de referirme todo esto, cuando invadió los salones y las galerías una elegantísima comparsa de Pierrettes y de Pierrots, blancos y encarnados, que se desparramaron por todas partes, prestando grande animación á la fiesta con su alegría, harto alborotada para la severa tiesura de un salón

de provincia. Irritaban á la Porrata los aires de superioridad de los madrileños, y escandalizábanla los exagerados escotes de las Pierrettes cortesananas; mas no pudo menos de confesar que en soltura y elegancia sobrepujaban aquéllas á las damas de provincia.

Enviábame mientras tanto mi tío mensaje tras mensaje, empeñado en hacerme bailar con las Ministrillas; mas yo, declinando tal honor, daba cuerda á la charla de la Porrata, esperando, mientras tanto, se acabasen de formar las cuadrillas del rigodón que entonces preludiaban. En aquel momento, dos manos enguantadas se adelantaron de repente por detrás de mí hasta taparme los ojos; un suave perfume de piel de Rusia llegó á mi olfato, y una voz tierna, cariñosa, regocijada como la de los niños que juegan al escondite, entonó muy bajito, al son de la diana, pegando casi á mi oído:

Levántate, aspirante,
Que las cinco son,
Y viene el Ayudante
Con su levitón...

Aquel recuerdo de mis tiempos de Escuela Naval despertó mi curiosidad viva-

mente, y apresuráme á separar de mis ojos las enguantadas manos. Vi entonces inclinada sobre mi frente la grotesca cabeza de un Pierrot encarnado y blanco, que á través de su antifaz de raso fijaba en mí dos ojos azules, que me parecieron á la vez tiernos y regocijados.

—Para taparte la cara, no era menester que me tapases los ojos—dije.

Levantóse entonces Pierrot prontamente la careta, y vi por debajo de ella, encerrados en un óvalo perfecto, un fino bigote rubio naturalmente rizado en los extremos, unos dientes blanquísimos, una nariz fina y correcta, y unos ojos azules, oscuros, profundos como el mar, que oculta siempre lo que encierra en su fondo. La peluca y el gorro del traje impedíanme ver por completo aquel simpático rostro, cariñoso y regocijado, en que se notaba, desde luego, ese sello de aristocrática distinción que, si no es propio de todos, es á lo menos exclusivo de las gentes de noble raza: mirábale yo de hito en hito, sin conocerle, y él me miraba sonriendo, hasta que al cabo dije encogiéndome de hombros:

—Pues ni por esas te conozco, chico...

—¡Eso, majadero, eso mismo!... ¡Boy, Boy! (1).

¡Boy!... Veinticinco años han pasado ya desde aquel encuentro, primer prelude de una tremenda historia de sangre y lágrimas, y todavía recuerdo el gozo profundísimo con que me brotó del alma aquel nombre querido, y la cariñosa ternura con que me apretó Boy contra su ropón de pierrot, clavándome fuertemente los dedos en el costado izquierdo, como era su molesta costumbre siempre que abrazaba. ¡Oh! No era Boy para mí el amigo vulgar que se encuentra después de algunos años de ausencia: era otro yo que veía yo fuera de mí mismo, era la infancia y la inocencia con sus risas y sus limbos, la niñez con sus cachetinas y sus juegos, la adolescencia con sus incertidumbres y sus curiosidades, sus locuras y sus melancolías, sus estrepitosas alegrías y sus misteriosas tristezas; era todo esto y mucho más, barajado y confundido, que se me presentaba de repente, envuelto entre esas poéticas nieblas en que parece embozarse el pasado

(1) La palabra inglesa *Boy* equivale á nuestro familiar y cariñoso *chico, muchacho*.

cuando comienza á ser ya demasiado largo.

Yo, fuera de mí de contento, habíame levantado y retenía á Boy por la mano, sin reparar siquiera en una Pierrette muy elegante que traía aquél del brazo y fijaba en mí con cierta curiosidad sus ojos negros, enormes, duros y altaneros, como jamás he vuelto á encontrar otros. Algún tiempo después, cuando en circunstancias verdaderamente trágicas tuve que sostener y aun desafiar la iracunda mirada de aquellos negros ojos, y verlos después expresar todas las angustias del remordimiento y la desesperación y el amor de madre, me acordé, por ese extraño fenómeno que en las grandes crisis de la vida trae y fija en la mente un recuerdo frívolo, de cierta copla andaluza que espontáneamente acudió á mi memoria á la vista de aquellos ojazos:

«Anoche soñaba yo
Que dos negros me mataban,
Y eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.»

Fué todo esto cosa de un minuto, y mientras la Pierrette tiraba de Boy con impa-

ciencia, yo le retenía por el otro lado, diciendo:

—Pero tú ¿de dónde vienes?... ¿Dónde estás?

—Embarcado en *El Ferrolano*.

—Pero ¿has vuelto al servicio?

—Hace tres meses.

—¿Y cuándo has venido?

—Hoy por la mañana.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana en el primer tren, á las seis y cuarto. Estoy de guardia.

—Pero ¿nos veremos antes?... Me iré contigo si es preciso.

—Ya te buscaré luego... Espérame en este mismo salón ó en las galerías. Pero, por Dios, no digas que me has visto.

La Pierrette tiró de Boy con redoblada impaciencia; viles yo perderse entre las demás parejas, y la Porrata, que toda esta escena había presenciado rabiando de curiosidad, comenzó á explicarme quién era la Pierrette, para sacarme, sin duda, quién era el Pierrot.

—Esa es Isabel Bureva, no me queda duda. No hay más que ver el aire de *perdone usted por Dios* con que mira á todo el mundo.

—¿La Bureva?—dije yo cándidamente.—
¡Imposible!... Si su marido salía hoy para París con una comisión del Comité Alfonsino...

—¿Si te habrás caído de un nido, Paquito?—replicó la Porrata socarronamente.—
¡Vaya una razón! Como si necesitasen las gatitas madrileñas tener al lado su gatito, para permitirse una vueltecilla de vals ó cualquier otro exceso. Eso se queda bueno para nosotras, las cursis provincianas... Y no lo digo por la Bureva, que es muy buena mujer; un poco tiesa, es verdad, pero de lo mejor que hay en Madrid, y nada tiene de particular que dé por un salón una vuelta con su primo.

Caí en el lazo que la vieja me tendía, y sin sospechar siquiera la trascendencia cruel que habían de tener mis palabras, dije sencillamente:

—Pero ¿Boy es su primo?

Entonces exclamó la Porrata, verdaderamente estupefacta:

—Pero ¿era ése Boy?... ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Jesús, María!—repuso ella tan sobresaltada como si le hubieran dicho que Ravachol ó el diablo andaban disfrazados entre la concurrencia.

Levantóse vivamente, porque algunas señoras de su tertulia habíanse sentado á su lado, y tomando mi brazo, llevóme fuera del salón, diciendo muy azorada:

—Mira, vámonos; aquí no se puede hablar, y es preciso que sepas... ¿Sabes lo que le pasa á Boy?... Está perdido, perdido sin remedio. Si le ve la Guardia civil, le echa mano.

—Pero ¿qué está usted diciendo, Condesa?—exclamé yo entre sorprendido é indignado.

—Lo que oyes, Paco, lo que oyes; lo sé de buena tinta. Tiene pena de presidio, y si no la han presentado ya, mañana mismo presentan la denuncia.

—Pero ¿por qué?... ¿Por qué?... ¿Qué es lo que ha hecho?...

—Por falsificador, por ladrón, por estafa...

—¡Mentira!—grité yo con tanta indignación y tan poco recato, que algunas personas volvieron la cabeza.

—¡Ojalá lo fuera!—repuso la Porrata con gran vehemencia.

Y apretándome fuertemente el brazo como para recordarme dónde estábamos, entróse en un saloncito azul, que en los

días ordinarios servía de sala de lectura á los aristocráticos socios de aquel Círculo. Y allí á solas, de pie, accionando mucho con el abanico, me dijo con la viveza, vida y expresión que daba á todas las cosas:

—Está perdido, entrampado hasta los ojos; atado de pies y manos en poder de los usureros.

—Lo cual no es ser estafador, sino estafado; ni ser ladrón, sino robado.

—Es verdad, es verdad... Pero tampoco robó ni estafó mi pobre hijo Pepe, y los malditos usureros me dejaron á mí sin un real por librarle de sus garras, y le mataron á él de rabia y de vergüenza allá en Filipinas. ¡Hijo de mi alma!

Brotó entonces, entre la frivolidad de aquella mujer mundana, el dolor de madre, amargo y desolado, como brotaría fresca y abundante la sangre de una herida vendada con ligeras gasas. Repugnóme su enternecimiento, lejos de compadecerlo, por parecerme extemporáneo aquel dolor vestido de baile, aquel recuerdo de un hijo muerto, evocado por su madre al compás de un rigodón y entre el bullicio de un baile, á que sólo la traía un afán de diver-

tirse, harto intempestivo á los cincuenta y ocho años.

No duró mucho, sin embargo, aquella digresión patética; su charla natural y su desordenado prurito de comentarios y noticias tornaron á dominarla, y sin necesidad de nuevas preguntas, relatóme una historia inverosímil, que juzgué desde luego corregida y aumentada en la imaginación de aquella mujer chismosa é inconsecuente, excitada entonces por la envidiosa antipatía de la dama de provincia á todo lo que viene de la corte, justa á veces en lo que á la moral se refiere, pero muy parecida de ordinario, en lo tocante á buen tono y elegancia, á la chismografía de los patos cuando murmuran del eisne.

Según ella, había intentado Boy aquella misma mañana estrangular al peluquero de *El Pájaro verde*, Joaquinito López, famoso prestamista, para arrancarle ciertos pagarés ya vencidos, de fuertes sumas que le adeudaba. Y asustado Joaquinito, *El Pájaro verde*, como le llamaba todo el mundo, había presentado al juez una denuncia, acusando á Boy de falsificación de documentos, de robo frustrado, de tentativa de asesinato y de qué sé yo cuántas más co-

sas, con el fin de poner su persona y su dinero al abrigo de los desafueros del aristócrata.

Parecióme todo aquello tan grotesco y tan absurdo, que lo negué en redondo. Posible era, y aun probable, que estuviese Boy entrampado hasta los ojos, como aseguraba la Porrata, porque la generosidad que llega al despilfarro, y el desprecio al libro de cuentas que raya en el abandono y va á parar en la ruina, eran genuinos en su señorial naturaleza; le eran tan lógicos y espontáneos, como lo es al torrente harto henchido por las lluvias, salir de madre y desbordarse. Pero negar Boy una deuda, arrancar por fuerza un documento á un viejecillo inerme como Joaquinito López, era refractario al pun-donor, casi quijotesco, que le había yo conocido siempre: á las insolentes reclamaciones de un truhán semejante, hubiera contestado el Boy que yo conocía y amaba, haciéndole pagar el doble de lo que debía, y mandando luego á sus lacayos que le dieran una paliza.

Tan seguro estaba yo de todo esto, y tan absurdo me parecía además que, sobrando en Madrid usureros y dinero, viniese Boy

á buscarlos en aquel extremo de España, que ni las afirmaciones de la Porrata me indignaron, ni sus intencionadas observaciones me hicieron mella, ni sus funestos augurios me infundieron el menor recelo contra la paz y la seguridad de Boy. Preguntéle, sin embargo, más que por curiosidad por conocer el chisme en su origen, quién fuese el oráculo de sus revelaciones. Resistióse ella á contestarme con grandes aspavientos, ponderando lo grave del caso, la importancia del secreto, la obligación de su conciencia, y de pronto, cuando ya nada le preguntaba, vino á confesarme que su oráculo no era el de Delfos, ni su pitonisa la de Endor: era sencillamente su peñadora, la menor de las tres *Pájaras verdes*, hijas de Joaquinito López; Leonard femenino, tan hábil en urdir enredos, como en levantar complicados promontorios de teñidos y postizos, semejantes al que disimulaba en la cabeza de la Porrata los descarados estragos del tiempo.

Acabóme de convencer el nombre de la sibila, de que era todo aquello uno de esos absurdos chismes que suelen en las casas grandes pasar de las antesalas á los salones, y réime de ello por última vez, para

no volver á recordarlo nunca. ¡Tan ajeno estaba yo de que el recuerdo de la *Pájara verde* había de mortificar mi memoria por toda la vida, como las punzadas de una cicatriz dolorida siempre! ¡Tan distante de pensar que lo grotesco había de unirse á lo terrible, como en aquellos sepultureros de Hamlet, que jugaban á los dados con cráneos humanos!

Salíme del saloncillo azul en busca de Boy, empresa harto difícil entre tantas Pierrettes y tantos Pierrots, vestidos todos lo mismo. Contaba yo, sin embargo, con una contraseña que podía ponerme en la pista: en los breves instantes que hablé con Boy, habíame fijado en un precioso ramito de *muguet* que, coquetamente prendido en el hombro izquierdo, llevaba su compañera. Asíme del brazo de un primo mío, para no vagar por los salones solo como alma en pena, y dí á poco con el ramito de *muguet*, en una de las anchas galerías que miraban al patio; mas no estaba ya en el hombro de la Pierrette, sino en el pecho del Pierrot, sujeto en los enormes botones de su ropón, acuartelados de rojo y blanco. Hallábase ella sentada en una banquetilla, de espaldas á la estatua de un intercolumnio: es-

taba él de pie, delante, apoyado en el pedestal de la misma estatua. Pierrot hablaba con vehemencia, accionando vivamente: Pierrette escuchaba con la cabeza baja, retorciendo entre sus dedos el rojo cordoncito de seda que unía á su *carnet* un lapicero finísimo; á veces, levantaba la cabeza para mirar á Pierrot, y veía yo relucir desde lejos aquellos ojazos negros, que sin saber por qué, me causaban cierta sensación de espanto.

Apareció entonces por el intercolumnio un caballero muy atildado y correcto, mirando para todas partes, como si buscase algo; era hombre de cuarenta años, de aspecto grave, un poco calvo; traía una banda bajo el frac, una rica placa en el pecho, y sobre el faldón derecho, como atrevido alarde de fidelidad al trono derrumbado, que le captó desde luego mis simpatías, la dorada llave de gentilhomme de la reina Isabel II, sujeta con un gran lazo rojo. Acercóse por detrás á la Pierrette, y tocóle familiarmente en el hombro; volvió ella la cabeza, díjole el de la llave alguna cosa, y sin replicar la dama, levantóse dócilmente y fué con él del brazo, sin dirigir una palabra al Pierrot, ni hacerle tampoco la

favo-
un á
gura-
pro-
ésar
nera

abía
dole
peli-
ro.

este
vez
las
s de
ésar
que
ego!
por

ión,
aco-
er-
con
mí,
mo
des

menor señal de despedida. Quedóse éste pegado al pedestal por un momento, y dejóse caer luego en la banquetilla que ocupaba antes la dama. Bajaba ya ésta la suntuosa escalera, del brazo del caballero, y un lacayo corría hacia la puerta, á pedir, sin duda, el coche.

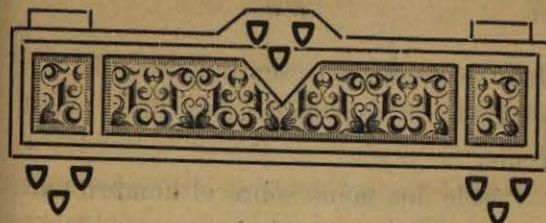
Pregunté entonces á mi primo si conocía al señor de la llave.

—Es Bureva—me dijo.

—¿Bureva?... ¿El Conde de Bureva?...

—Sí, Bureva; *el burro flautista*...

—¡Ya!...



II

QUEDÓSE Boy una buena pieza de tiempo clavado en la banquetilla que ocupaba antes su pareja, con los codos apoyados en las rodillas, fijos los ojos en el suelo, y tan absorto en sus pensamientos ó descuidado de los ajenos, que parecía extraño á cuanto le rodeaba.

Antojóseme, al verle en aquella guisa, que la retirada de la Pierrette tenía visos de fuga, y casándola en mi imaginación con la actitud pensativa de Boy, forjé en un segundo una historia de amores desgraciados y dramáticos sucesos, propia de esa edad, la mía de entonces, en que los engañosos lentes de la ilusión ven en cada matraz un idilio, y divisan en cada esquina un drama paseándose.

Acerquéme, pues, al Dido abandonado,

favo-
un á
gura-
pro-
ésar
mera

había
dole
peli-
vo.
este
vez
á las
es de
ésar
que
ego!
por

ción,
Aco-
uer-
con
mí,
omo
des